

Visto desde la lejanía, el Valle de los Ingenios parece un paisaje idílico.

Sobre el verde infinito de los cañaverales se recorta la blancura geométrica de los ingenios presididos por esbeltas chimeneas coronadas por el penacho de las fumarolas. Y sobre el cielo resaltan las frágiles palmeras mecidas por el suave viento.

En los cañaverales una legión de esclavos, blandiendo machetes se aplica con denuedo el ritual de la Zafra.

Don Luis de Villena, sobre su caballo alazán, pasea orgulloso entre la negrada y sonrío asustando a los peones con la punta del látigo.

Al llegar frente a la casa de calderas descabalga y deja las riendas del caballo en manos de un negrito que solo sabe sonreír al amo.

Se le acerca Omar, el negro encargado del ingenio.

- D.L.- ¿Cómo va Omar?
- O.- Bien, mi amo. Estamos sacando 16 canastas de bagazo por carretada de caña.
- D.L.- Veo poco movimiento de carretas. Anda y que espabilen. Enséñales el látigo.
- O.- Sí, mi amo.

Don Luis entra solo en la casa de calderas.

Un centenar de grandes calderos de cobre de dos metros de diámetro se asientan sobre los fogones. En ellos hierve el guarapo y un grupo de esclavos provistos de espumaderas y recipientes con un largo mango de madera trasiegan las melazas de unos calderos a otros.

El humo de los calderos produce una atmósfera irrespirable.

Con gesto y ademanes destemplados, don Luis de Villena inspecciona el trabajo de los esclavos, empujándoles con la fusta que lleva entre las manos como si espantara las moscas.

De pronto, uno de los cuerpos que empuja, permanece inmóvil.

Don Luis levanta la fusta para descargar un golpe.

Una mano le sujeta por el antebrazo.

Se vuelve indignado por la cólera y se encuentra con que ocho negros le rodean amenazadores empuñando las espumaderas.

- D.L.- ¡Vamos! ¡Volved al trabajo!

El guarapo hierve en las calderas en ruidoso burbujeo.

Don Luis, sujeto de pies y manos, maldice y patalea como un poseso.

Los negros le miran impasibles. Omar está entre ellos.

Don Luis se dirige a Omar:

- D.L.- Omar. Diles que me suelten. No hagais locuras. Os liberaré a todos. Os lo juro.

Omar, el encargado, esboza una sonrisa.

- O.- Antes de que liberarnos queremos que contempléis vuestro maldito azúcar.

Tomándolo en volandas lo acercan al borde de la humeante caldera.

Don Luis grita y maldice a todos.

Los negros hacen amago de meterle la cabeza en el guarapo.

Don Luis grita horrorizado.

Omar parece apiadarse de él:

- O.- No se preocupe, mi amo. No queremos estropear vuestra cara bonita. ¡Soltadlo!.

Lo dejan en el suelo arrodillado.

Don Luis se limpia el sudor del rostro.

Omar saca un machete de afilado corte.

Don Luis lo mira horrorizado.

De un golpe certero Omar le rebaña limpiamente la cabeza, que rueda por el suelo.

- O.- Ahora convertidlo en azúcar. Era lo que más amaba del mundo.

Cuatro negros toman el cuerpo de don Luis y lo echan a una de las calderas.

La cabeza de don Luis, desde el suelo, parece contemplar su propia muerte con los ojos desorbitados.

Los negros, como si nada hubiera sucedido, vuelven a su trabajo cantando africano.

El guarapo hierve en las calderas.